

BIBLIOTECA POPULAR ECONÓMICA

ZORILLA

COMPOSICIONES VARIAS

VERACRUZ — PUEBLA

LIBRERIA "LA ILUSTRACION"

—
1882

LEYENDA

MARGARITA LA TORNERA

TRADICION

INVOCACION.

¡Espíritu sublime y misterioso
Que del aire en las senos escondido
Templas su voz, prestándole armoniosc
Eco gigante ó soñoliento ruido ;
Arcángel cuyo canto melodioso
El orbe arrulla ante tus piés tendido,
Inspira tus palabras á mi acento
Gratas como la música del viento !
Porque, quién como tú me las daría ?
Tú, cuya voz dulcísima murmura
En la quietud de la floresta umbria,
Y del bosque salvaje en la espesura,
Y en los gemidos de la mar bravía,
Y en los murmullos de la sombra oscura,
Y cuanto tiene inspiracion ó acento
Tonos te pide para usar su aliento.
¡Quién como tú la inspiracion me diera
Y la armonía celestal y santa,
Y la robusta entonacion severa
Dé que carece mi mortal garganta ?
Cruzar los lindes de tu azul esfera,

Medir audaz la inmensidad que espanta
No osára, no, mi pensamiento vano
Sin el auxilio de tu santa mano.

Y tú, radiante y peregrina estrella,
María, de los mundos soberana,
Madre sin mancha, compasiva y bella
A quien adoro en ilusion lejana
Cual faro santo que en mí fe destella,
Mi voz perdona, si mi voz profana
Osa hablar de tu amor y tu hermosura
Con lengua pobre, terrenal é impura.

Sé que mis ojos, inmortal Señora,
La gloria manchan de tu faz divina;
Indignos; oh celeste emperadora!
Son de mirar tu sombra peregrina;
No merece mi lengua pecadora
Sea alfombra á tu planta cristalina,
Mas deja al fin, ¡oh luz de mi esperanza,
Que alce un himno mi voz en tu alabanza!

¡Venid los que llorais! oid mi canto
Los que creéis en la virtud y el cielo:
Venid, almas transidas de quebranto,
Venid á oírme y hallaréis consuelo;
Veréis lucir tras la tormenta oscura
Un rayo de esperanza y de ventura.

I.

EL PADRE Y EL HIJO.

Dicen que en una ocasion
(El año no hace á la esencia
Del hecho) habia en Palencia
Un tal Don Juan de Alarcon.

No era de Palencia el tal,
Más su padre residia

Allí, porque allí tenia
Crecidísimo caudal.

Gil, era el nombre del padre
Viudo desque Juan vivió,
Pues el muchacho nació
Dando la muerte á su madre.

Adoraba el buen Don Gil
En su hijo, y era Don Juan
El mancebo más galán,

Más generoso y gentil
Que en Palencia se encontraba;
Siempre de amigos cercado,
Siempre de ellos festejado,
Puesto que él siempre pagaba.

Ello es cierto que por más
Que el padre le amonestó,
Un libro jamas abrió
Ni oyó un maestro jamas.

Pero en cambio era el mejor
Que habia en todo Palencia
Para amar una pendencia
O enmarañar un amor.

Arrinconaba á un maestro
Tirando la espada negra,
Y dicen que fué á Consuegra
A desafiar á un diestro,

Y sacándole á reñir
Matóle y tomó á su dama;
Con lo cual creció su fama
Lo imposible de decir.

Iba, pues, todos los días
En auge, con sus extrañas
Y turbulentas hazañas
Hechas en las cercanías.

Pues, aunque áspero de genio

E indolente, el tal Don Juan
Era mozo muy galán
Y de ventajado ingenio.

Cada noche andaba en vela
Por una nueva heldad
Y daba gozo en verdad
Verle tocar la vihuela.

Cantaba que era delicia,
Y sabía centenares
De endechas y de cantares
Que rebosaban malicia.

Y tan jóven, tan apuesto,
Tan bello y con fama tal,
Dueño de tan buen caudal
Y á cualquier lance dispuesto,

Era en todos los partidos
Entre rondas y querellas
El cucú de las doncellas
Y el coco de los maridos.

Que no hay una cuya reja
A su reclamo no se abra,
Ni le esquivé una palabra
Dicla de paso á la oreja

No hay casado cuyo sueño
Su voz no turbe ó asombre,
Ni marido que á su nombre
No frunza un tantico el ceño.

Y el buen Don Gil, que sabía
Las proezas de su hijo,
Le amonestaba prolijo
Cada noche y cada día.

Más él seguía sin tino
Dando brida á sus locuras,
Y diciendo « que aventuras
Buscar era su destino. »

Envióle á Valladolid,
Más fué en la Universidad
De rebeldes capalaz
Y de zambras adalid.

El fué haciendo mil papeles
En rondas y francachelas,
El alma de las vihuelas
Y el terror de los bedeles.

Y causador de las bullas
Y arrestos estudiantiles,
Azotó á los alguaciles
Y acuchilló las patrullas.

Quiso usar de rigor
Con él, y sentó tan mal,
Que un día en la catedral
Se agarró con un doctor.

Tomaron otros la injuria
Tan á pechos, que cerraron
Sus cátedras, y áun hablaron
De Don Juan con harta furia;

Mas sus palabras contadas
Ante él, en un claustro pleno
Presentóse, y lo hizo bueno
Con muchos á bofetadas.

Un canónigo muy viejo,
Pariente suyo, le dió
Quejas, á que él respondió
Con insolente despejo :

« Qué tenía el alma seca
De hablar de legislacion,
Y que sentia intencion
De quemar la biblioteca. »

En fin, no hallando más medio
De estar en seguridad,
Mandarón que la ciudad

Despejára sin remedio.

Él decidió resistir
La órden cuanto pudiera
Pero tan precisa era
Que al fin fué fuerza partir.

Salió, sí, de la ciudad,
Pero á caballo y de día,
Con tal pompa y osadía
Que fué escándalo en verdad.

Volvióse á Palencia, pues,
Y en su caballo mejor
Entró cual conquistador
La misma tarde á las tres.

Recibióle el buen Don Gil
Irritado, y con razon;
Pidióle el mozo perdón,
Culpó su ardor juvenil,

Pintóse muy ultrajado
Por la estudiantil canalla,
É hizo justa la batalla
A que le habian provocado.

Forjó un enredo chistoso
Con el rector y una moza
Que vino de Zaragoza
Con oficio no piadoso;

Y contó tan peregrinos
Lances de entrambos, que el viejo
Tuvo por mejor consejo
Reirle sus desatinos.

Y como era de pensar,
Tras tan exótica risa,
Diéronse ambos buena prisa
Lo pasado en olvidar

Tornóle el padre á sus brazos
Y perdonó en conclusion,

Que al cabo los hijos son
De las entrañas pedazos.

Tornó á ser, pues, lo que era;
Y quedaron finalmente
El padre tan indulgente
Y el hijo tan calavera.

Viven el padre y el hijo
Frente por frente á unas monjas
Que un esquilon les repican
Dos veces en cada hora.

Don Gil, que es hombre devoto
Y acosado de la gofa,
De tal vecindad se alegra,
Mas de ella Don Juan se enoja.

Dice el padre : « Aquí tenemos
Misa, jubileos y honras,
Pláticas y ejemplos santos,
Que al cabo jamas estorban. »

Dice el hijo : « ¡ Qué demonio!
Es una calle tan sola...
No hay en toda ella una rejilla
Util á cita ni á ronda. »

Dice el padre : « Esas benditas
Están ganando la gloria
Y encomendando al Eterno
Sus vecinos... ¡ él las oiga ! »

Dice el hijo : « Esas mujeres
Se están como unas marmotas
Toda su vida encerradas,
¡ Vaya una aprension diabólica ! »

Dice el padre : « El capellán,
Que es doctísima persona,
Me tiene continuamente
Conversaciones sabrosas. »

Dice el hijo : ¡Si á lo ménos
Hubiera una buena moza
A quien decir cuatro flores!...
Serán unos cocos todas.
Y el padre : « Nada me falta
Para una vejez dichosa,
La iglesia y la plaza cerca,
Casa y rentas que më sobran. »
Y dice el hijo : « Por último,
Harémos una intentona
A ver si las enjauladas
Son lechuzas ó palomas. »
Y así el padre y así el hijo
Distintos proyectos forman,
Aquél con sus devociones
Y estotro con sus devotas.
Don Gil reza y oye misa
Tres ó cuatro, una tras otra,
Y Don Juan acecha atento
La morada misteriosa.
Va de continuo á la iglesia
Y al pié del coro se aposta,
Troneras y celosías
De día y de noche ronda,
Mas ni ve, ni alcanza nada,
Pues entre verjas y tocás
Todas son blancas visiones
Que á lo léjos se evaporan.
Si llama al torno — ; *Deo gratias!*
Responde dentro gangosa
Una voz que huele á vieja,
Y suena á campana rota.
Él pide agua de aljibe,
Y escapularios y tortas
Por echar una puntada

Sobre si hay muchas ó pocas
Madres, ancianas ó jóvenes,
Y por más que á la rectora
Alaba, y á las novicias,
Y á la que el órgano toca,
Y á las que cantan en coro,
Y á la salmista que entona,
Y hasta á la vieja beata
Que afuera pide limosna,
Es inútil su destreza,
Nada adelanta ni logra :
Siempre á sacar viene en limpio
Noticias que no le importan.
La novena de Santa Ana,
El sermon del padre Acosta,
La nueva casulla verde,
La falda de Santa Rosa,
Cosas de que gusta el padre,
Que es viejo y que tiene gota,
Pero que al hijo concluyen
Por remontarle la cólera,
Y al cabo sale diciendo :
« ; Bruja condenada y chocha,
Que nunca responde acorde,
Ni dice cosa con cosa! »
Desistió, pues, del empeño,
Mas fué temporada corta
Merced á un nuevo incidente
Que al cabo picó en historia.
Llevóle su padre á misa
Un día casi á la aurora :
Ya habia en la iglesia gente,
Aunque soñolienta y poca,
Oraba el padre de hinojos
En un pico de la alfombra

Que disimulaba en parte
La humedad de las baldosas,
Y él recostado en las verjas,
Del coro, en dulces memorias,
Dejaba vagar pérdida
Al ánimo irreligioso,
Ya sonreía afectado
Por ideas seductoras,
Ya el entrecejo fruncía
Por negros recuerdos de otras:
Y tan absorto se hallaba
Con sus visiones gloriosas,
Que ya alzaba el sacerdote
La sacratísima forma
Y él sin bajarse á adorarla,
En su quietud silenciosa
Continuaba con escándalo
Del pueblo que cree y adora,
Y la verdad que no era
Culpa enteramente propia,
Pues parte habria del diablo
La malicia tentadora.
Ello es que él á sus espaldas
Sintió señal cautelosa
Que le arrancó de sus vanas
Visiones encantadoras,
Y una voz que le decía,
Limpia, argentina y sonora:
« De rodillas, caballero,
Que están alzando la hostia. »
Y él, advertido y curioso,
De hinojos cayó en las losas,
Pero volviendo la cara
Al maestro de ceremonias,
Era el tal una monjita,

Que al notar la codiciosa
Mirada del mozo en ella,
De rubor se puso roja,
Bajó los ojos al suelo,
Sobre el pecho, vergonzosa,
Dobló la cerviz, y humilde
Tocó la tierra y besóla.
Mas encontrando al alzarse
La mirada abrasadora
Del mozo clavada en ella,
Levantóse presurosa.
Don Juan, advirtiendo astuto
Que se iba y que estaba sola,
Asió la ocasion propicia,
Y á desvanecerse pronta.
— ¡ Chist ! la dijo, con la mano
Llamándola. Hermana, oiga
Una palabra.

La Monja. ¿ Qué quiere ?
D. Juan. ¿ Sois tal vez la superiora ?
La Monja. ¡ Yo, Señor ! soy la tornera.
D. Juan. ¡ La tornera ! sois muy docta

Para oficio tan servil
Y diestra remedadora
De acentos, pues respondeis:
¡ *Deo gratias!* ... tan temblorosa,
Que más parece que vuestra,
La voz de una setentona.

La Monja. Ved que decís, caballero,
Que yo no he sido hasta ahora
Torneira, y lo soy este año
Por muerte de Sor Leoncia.

D. Juan. ¿ Murió la pobre ?
La Monja. Murió.

Mas mirad que se prolonga

La conversacion y...

D. Juan. Es cierto :

Si fuerais vos...

La Monja. Servidora

Vuestra.

D. Juan. Callada y prudente...

La Monja. Cuando la imprudencia importa,

Yo soy obediente y...

D. Juan. ¡ Bueno!

Si no desplegais la boca,

Yo os preferos á la abadesa.

La Monja. No hay abadesa, es priora

D. Juan. A la priora, es lo mismo.

Para hablaros de una cosa,

De un secreto que interesa.

La Monja. ¡ Secreto!

D. Juan. A la mayor honra

Y gloria de Dios, y vuestra.

La Monja. ¡ Mia?

D. Juan. Pues, y de las monjas.

La Monja. Decídmelo.

D. Juan. Es imposible,

Despacio á de ser y á solas,

Y pronto, pues urge mucho.

La Monja. ¡ Ay Dios!

D. Juan. ¡ Eso es! ya medrosa.

Vais á publicarlo todo

Y vais... vaya, ¿ teneis hora

En que poder escucharme?

Porque es fuerza que persona

De la casa me segunde

La intencion.

La Monja. Como no escoja

La de maitines...

D. Juan. ¿ De noche?

Mejor es que ninguna otra.

¿ Y en dónde os veré?

La Monja. En la reja

De esa capilla; me toca

Velar esta noche.

D. Juan. ¡ Bueno!

No falseis.

La Monja. Estaré pronta.

En oyendo la campana....

D. Juan. Sí, mi casa está muy próxima,

La oigo bien.

La Monja. Pues hasta luego.

D. Juan. Adios, hermana...; y memoria !...

Salió la monja del coro,

Don Gil con su pierna coja

Salió acabada la misa,

Y Don Juan, el alma loca

De gozo, atisbó la reja

Citada, y buena juzgóla

Para el caso, en sí diciendo :

• ¿ La niña ; eh ! si será tonta ? •

II.

INSENSATEZ Y MALICIA.

La media noche era dada,

Y áun tocaban á maitines

Los esquilonos agudes

Con discordante repique,

Cuando Don Juan de Alarcon,

Dichoso en amor y en lides,

Tomaba punto en la calle,

Despreciando la molicié

De la cama, y sin cuidar
De que en el vulgo le tilder.
La ronda, si se descubre
O hay lance que la complique.
Largo y toledano acero
Bajo la capa se ciñe,
Por si salen a campaña
Curiosos ó ministriles.
Por lo demas, su disfraz
Maldito lo que le afige.
Sólo de su ropa y cara
En todos lances se sirve,
Pues no le importa que nadie
Le conozca, ni le mire
Por donde quiera que vaya
Pase, espere, oiga, ó platique.
Por consiguiente, Don Juan
Impertérrito prosigue
Esperando que la reja
O se ocupe ó se ilumine.
Y está la noche á propósito,
Pues pardas nubes impiden
A la encapotada luna
Que en toda su fuerza brille,
De modo, que siendo á un tiempo
Clara y nublada, despide
Luz para quien luz desea,
Sombra para quien la pide.
Todo en Palencia reposa,
Que es ciudad pobre, aunque insigne.
Y alberga de labradores
Gran parte y de gente humilde,
Y es fuerza que, pues madrugan,
Largas horas no vigilen.
Ni pasos, pues, ni rumores

De vivientes se perciben ;
Oyese sólo del aire
El són prolongado y triste,
Y el labrido de los perros
Que ecos lejanos repiten.
Suena á lo léjos el órgano,
Y vienen á confundirse
Con sus cláusulas del viento
Las ráfagas invisibles
Que de las torres perdidas
En los calados sutiles
Murmuran, silban, ó zumban,
Chillan, retumban ó gimen.
Horas medrosas son estas
En que la mente concibe
Larga turba de fantasmas
Que estorban aunque no existen.
Horas que para sus juntas
Los espíritus eligen,
Y el vulgo para sus cuentos
De apariciones y crímenes.
Mas sin acordarse de ellas
Con ánimo osado y firme,
Aunque de aguardar cansado,
Y casi tentado á irse,
De arriba á abajo Don Juan
La calle embozado mide
A la sombra de las tapias.
Y al compas de los maitines.
Y ya en el centro del claustro
Cesado habian de oirse
Tiempo hacia, y ya el mancebo
Renegaba de la estirpe
De la tornera, y de todas
Las monjas que á coro asisten

En el mundo, cuando á espacio
Siente la ventana abrirse;
Y en la oscuridad confusa,
Haciendo vista de lince,
Un vago contorno blanco
Tras de los hierros percibe.

D. Juan. Hermana, ¡ gracias á Dios!
Más de un hora me tuvisteis
De planton. ¡ Dios os lo premie!

La Monja. ¿ Tardé mucho?

D. Juan. (Vaya un chiste.)

No hay para que hablar ya de ello.
Puesto que al cabo vinisteis.

La Monja. ¿ Sabe lo que digo, hermano?

D. Juan. No, hermana, si no le dice.

La Monja. Dirélo: cuando muchacha
Leí unos libros que escribe
Un tal Quevado, que tienen
A fe mia mucho chiste
Y hay un lance en uno de ellos
Tan bonito..... y que á decirle
Verdad se parece tanto
A esta noche....

D. Juan. ¿ En qué, mi Filis?

La Monja. En qué hay un mozo en la calle
Que sois vos, y viene á oírle
Una mujer, que soy yo, y.....
Pero ántes que se me olvide
Mirad, Filis no me llamo,
Sino Margarita.

D. Juan. ¡ Miren
Qué nombre tiene tan lindo
La hermana!

La Monja. ¿ Os gusta?

D. Juan. Indecible
Gozo me da vuestro nombre,
Y admiro que signifique
Una cosa tan preciosa
Como quien le usa y recibe.

La Monja. ¿ Gasta lisonjas, hermano?
Mas soy curiosa, decidme
¿ Y Filis qué significa?

Que ha poco me lo dijisteis.

D. Juan. Esa es una pastorcilla
Muy bonita, de unos quince
Años, con dos ojos negros
Que en luz con el sol compiten,
Y con un cútis más blanco
Que las plumas de los cisnes,
Con un cuerpo más esbelto
Que una palma, y más flexible
Que los juncos olorosos
Que en el agua echan raíces,
Y con dos manos más bellas
Que el nácar y los jazmines.

La Monja. ¿ Y dónde está esa muchacha

D. Juan. Es una niña invisible
Que en la idea solamente
De los poetas existe.

La Monja. ¿ Y qué tengo yo que ver
Con Filis?

D. Juan. ¿ Nunca os pusisteis
Delante de algun espejo?

Margarita. Si por cierto:

D. Juan. Y la visible
Apariencia del cristal
¿ Qué os mostró?

Margarita. No es muy difícil
De decir: era otra yo.

Otra monja.

D. Juan. ¿ Mas no visteis
Que era una monja muy bella
Aunque estaba un poco triste?

Margarita. ¡Calla! es verdad que lo estaba.
D. Juan. ¡Y sin los frescos matices,
De un rostro tan jóven!

Margarita. ¡Vaya!
D. Juan. Y ojerosa, y ¿ no os hicisteis
Cargo de lo mal que la iban
Aquellos mil arrequives,
De tocas y de sayales.

Y de mantos, que la impiden
Mostrar el cuello de tórtola,
El alto pecho de cisne,
Y los tornátiles brazos,
Y las madejas sutiles
De los sedosos cabellos
Que para nada la sirven?

Margarita. Hermano, ¿ Jesus mil veces!
¿ Jesus, qué cosas me dice
Tan peligrosas! Empezce.
Lo que tenga que advertirme
Del secreto.

D. Juan. (¡ Pobrecilla!)
Pues bien, Margarita, oídme.
Si conocierais un hombre,
Como allá dentro os lo finge
Vuestra mente, osado, jóven,
Cariñoso, irresistible,
Y os dijeran que en el mundo
Pasan sucesos horribles,
Guerras y persecuciones,
Muertes é incendios á miles
Cometidos por contrarios

Victoriosos é invencibles,
Que demuelen las iglesias,
Y se teme que se avisten
Dentro de poco en Palencia
Y á todos nos aniquilen;
Y ese mancebo os dijera:

• Vén, es forzoso seguirme,
Yo solo puedo salvarte,
¿ Yo te amo! ¿ osárais seguirle?

Margarita. Dios mio!
D. Juan. Si ése os dijera:

Yo sé un lugar infalible,
Dónde sin guerras ni duelos
Y sin afanes se vive
Con compañeros alegres,
Entre danzas y festines
Prolongados en la noche
Con funciones y con brindis,
Y yo soy dueño absoluto
De esos lugares felices;

Y tú, ¿ Margarita mia!
¿ Luz de mis ojos! tú triste
En la soledad consumes
Tus auroras juveniles,
Tus olvidados encantos.....
¿ Oh alma mia! presto sígueme
Vén, huyamos, amor mio.
Huyamos de estos confines
Dónde la muerte te aguarda
Y la desdicha reside;

¿ Qué diriais?
Margarita. ¡Ay hermano,
No sé qué me da!..... decidme.
¿ Todo eso es cierto?

D. Juan. Muy cierto;

Pero secreto imposible
De revelar, porque todos
Quieren que todos peligran
Al mismo tiempo y sucumban,
Y á quien lo sabe persiguen
Con tormentos y castigos;
Con que, hermana, por terrible
Que sea la tentacion,
De hablar, como la resiste
Vea, porque si lo cuenta
Tal vez su vida peligré!

Margarita. ¡Ay Virgen santa!
D. Juan. Y la aviso

Que si á mi razon se rinde,
Yo la sacaré del claustro
Antes que el mal se aproxime

Margarita. ¡Ay sí, sí!
D. Juan. ¿Consiente en ello?

Margarita. Sí por cierto.
D. Juan. ¿Y será firme

En resolucion tamaña?

Margarita. Que si seré, ¡Dios me libre!
;Morir así en las manos
Sangrientas de esos caribes
Que decís!

D. Juan. Pensadlo á solas,
Y entraos, no nos atisben
Y nos frustren el intento.
A Dios, hermana.

Margarita. Él os guie
Y os acompañe.

D. Juan. ¡Ea adios!
Y si estais pronta á seguirme,
Yo os quiero mucho, y con tiempo
Salvaros no es muy difícil.

Margarita. Adios.
D. Juan. Adios.

Y á la reja.

Echó los cerrojos triples
La monja, y empezó el mozo
A todo trapo á reírse.

Abrió al fin y entró en su casa
Con Havin de que él se sirve;

Acostóse, y rebujándose
La ropa hasta las narices,
Apagó la luz, diciendo:
«Pues señor, bien: muchas hice,
Mas ¡vive Dios que ésta última
Será tal que me acredite!»

III.

TENTACION.

Aun no cuenta Margarita,
Diez y siete primaveras.
Y aún virgen á las primeras
Impresiones del amor,
Nunca la dicha supuso
Fuera de su pobre estancia
Tratada desde la infancia
Con cauteloso rigor.

Hija de padres, si nobles
Desconocidós y avaros,
Compró la infeliz muy caros
Los gustos de su niñez,
Y al cabo tornóse en humo
Y en soledad para ella
La vida futura y bella.
Que se imaginó tal vez.
Siempre encerrada y oculta.

Quando en el mundo vivia,
Sólo del mundo veía
La calle tras un cancel:
Y no alcanzó, de su casa
Fuera del triste recinto,
El mágico laberinto
Que se extendía tras él.
Jamás pensó que las flores
Que sus jardines criáran,
Los salones perfumáran
Preparados al festín;
Jamás pensó que las noches
Que ella pasaba en su lecho
Tuvieran bajo otro techo
Más delicioso, otro fin.
Que las danzas bulliciosas,
Las alegres serenatas,
Las mil quimeras dichosas
De la alegre sociedad,
Aun no habían en tumulto
Ido á tender en sus sueños
Los dos lazos halagüeños
De amor y de *vanidad*.
¡Amor! esa fantasía
Vaporosa y encantada,
Selva escondida, empapada
De armonía y de placer;
Santuario de la ventura,
Magnífico paraíso
Donde ir vagando es preciso
Tras un fantástico sér.
Un sér que huye y se engalana
Con los colores del viento,
Y se nos muestra un momento
En fugitiva ilusión,

Y un sér que á pocos contenta
Cuanda por fin alcanzado
Deja el oropel prestado
Y descubre el corazón.
¡Feliz quien halla en su centro
Fresco pabellón tranquilo
De reposo, y no da asilo
En él á la *vanidad*!
La vanidad, luz fosfórica
Que ilumina los espejos,
Y causa con sus reflejos
Del alma la ceguera.
¡Inocente Margarita!
¡Fugitiva mariposa
Que de esa luz engañosa
En torno girando vas!
Plega tus alas errantes,
Y en tu inocencia dormida,
No pienses en otra vida
Que te doraron quizás!
Mas ¡ay! que dulces palabras
Sonaron en tus oídos
Y los deseos dormidos
Se revelaron en pos.
¡Ay! ¿por qué en el mundo vano
A quien le da la inocencia
No le da la resistencia
Para defenderse, Dios?
La vida hermosa se finge,
Y aunque en ilusión escasa,
Ya en impaciencia se abrasa
De sentir y de gozar.
Y no es temor á los males
Que Don Juan la profetiza;
Es que el placer diviniza,

Y le adora á su pesar.

¡Pobre niña! Allá á sus soas,
Ciega por un mal consejo,
Por vez primera un espejo
Elegió para su juez,
Y recordó las palabras
De un seductor insolente,
Y recordó la inocente
Los días de su niñez.

Quando su madre á deshora,
De los festines volvía,
Y entre sueños la veía
Sus adornos deponer;
Quando acaso desvelada
Al són de los instrumentos,
Sentía los aposentos
Vecinos estremecer.

Y cuando acaso á escondidas,
Asomada á una ventana,
Via la turba profana
Voluptuosa pasar;
Y al brazo de los mancebos,
Con el deleite más bellas,
Asidas muchas doncellas
Sonreír y platicar.

¡Oh! Qué seis años monótonos
De soledad y convento,
Habían su pensamiento
Reducido á un punto ruín,
A espacio tan miserable,
A círculo tan mezquino,
Que era el claustro su destino
Y el altar era su fin.

«Aquí está Dios,» la dijeron;
Y ella dijo: «Yo le adoro.»

•Aquí está el torno y el coro. •

Y penso: «No hay más allá!»

Y sin otras ilusiones

Que sus sueños infantiles,

Pasaron sus seis abriles

Sin conocerlo quizá.

Pobre tórtola enjaulada

Dentro la jaula nacida,

¿Qué sabe ella si hay más vida

Ni más aire en que volar?

Si no vió nunca sus plumas

Del sol á los resplandores,

¿Qué sabe de los colores

Con que se puede afanar?

Mas ¡guay que alcance á do léjos

Del día la lumbre pura,

De la selva la frescura,

Y el arrullo de su amor!

¡Su nido será su cárcel,

Su potro serán las rejas,

Sus arrullos serán quejas,

Y su silencio dolor!

Mas es tarde; Margarita

En la noche solitaria

Oyó amorosa plegaria,

Y se despertó su afán

Su corazón revelóse

Con incógnitos afectos,

Y odió los santos preceptos

A recordar á Don Juan

Y confundiendo en su mente

Sus amagos y alabanzas,

Ya en risueñas esperanzas,

Ya en inocente pavor,

Contemplándose al espejo